

EL TÚMULO DE LA DEHESA DE RÍO FORTES (MIRONCILLO, ÁVILA): PRIMERA MANIFESTACIÓN DEL *HORIZONTE RECHABA* EN LA MESETA NORTE

M.^a SOLEDAD ESTREMERÁ PORTELA
J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

RESUMEN

La intervención arqueológica en la Dehesa de Río Fortes nos ha permitido documentar un nuevo yacimiento de características únicas en la secuencia cultural de la Meseta. Se trata de un monumento tumular con una dilatada trayectoria: desde finales del Neolítico hasta la fase postrera del megalitismo. Esta última se manifiesta en un peculiar conjunto de objetos pulimentados de prestigio hasta ahora sólo conocidos en el denominado Horizonte Rechaba de la fachada atlántica peninsular.

ABSTRACT

The archaeological excavation at Dehesa de Río Fortes has allowed us to document a unique site in the cultural sequence of the Spanish Meseta. It is a barrow which displays a large evolution: from late Neolithic to the final stages of Megalithism, as shown by several prestigious polished items which up to this date had only been known to exist in "Horizonte Rechaba", at the Atlantic façade of the Iberian peninsula.

1. INTRODUCCIÓN

En 1999 fueron detectados algunos restos arqueológicos dispersos y en ese momento confusos en lo alto de una loma al lado del Río Fortes. Si bien no eran

definitorios, los primeros datos planteaban una serie de expectativas interesantes que fueron ratificadas cuando se produjo su catalogación para ser incluida en el Inventario Arqueológico de Ávila: parecía tratarse de algún tipo de testimonio funerario atestiguado por la presencia de varias cuentas de collar y de una serie de piedras extraídas en los trabajos agrícolas claramente alóctonas al entorno inmediato caracterizado exclusivamente por la presencia de cantos de río de diferentes tamaños. Estas piedras mostraban la particularidad de ofrecer huellas evidentes de exposición al fuego. Por otra parte, los datos aportados por los propietarios de la finca ⁽¹⁾, así como algunos materiales muy representativos —una lámina de azada, una maza y un fragmento de hoja— hallados en el curso de las faenas agrícolas, motivaron la planificación de una intervención arqueológica de urgencia por parte del Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Ávila, encargada a la empresa Alacet Arqueólogos, S.L. y dirigida en dos campañas consecutivas (financiadas por la Dirección General de Patrimonio) por Soledad Estremera. Aunque el resultado de ambas ha permitido documentar la existencia de un túmulo funerario destruido por las labores de arada, la investigación en el yacimiento no se considera concluida. Así, en el 2003 se han realizado nuevos estudios en la zona circundante a la excavada. Hasta que la investigación sea completa, este trabajo supone un adelanto de lo conocido hasta el momento, con el fin de que pueda ser utilizado por la investigación arqueológica al implicar bastantes de sus resultados cuestiones de gran importancia para el estudio de las manifestaciones funerarias en la Meseta Norte.

EL MARCO GEOGRÁFICO

El Valle Amblés es una pequeña unidad geográfica muy bien definida en las estribaciones al Norte del Sistema Central, constituyendo el último obstáculo montañoso antes de la penillanura del Valle del Duero. Su fisonomía está configurada por dos rebordes montañosos paralelos y entre ellos el fondo sedimentario, más o menos llano surcado de Oeste a Este por el río Adaja en su curso alto, al que contribuyen por ambos lados un buen número de arroyos tributarios de diferente entidad (figura 1). Desde el Paleolítico Inferior se conoce la presencia del hombre en él, aunque será a partir del final del Neolítico cuando tenga lugar su ocupación y sistemática explotación.

El yacimiento de Río Fortes está ubicado en las tierras llanas del fondo del valle, hacia la zona centro-oriental de éste, sobre un pequeño teso de unas 9 Has en la base, suave pero claramente elevado sobre el llano circundante e inmediato al cau-

(1) Debemos agradecer a la familia Pascual y en particular a D. Felipe Pascual su amable y desinteresada colaboración con estas investigaciones, poniendo a nuestra disposición todo lo necesario para que las lleváramos a cabo. También queremos hacer extensible nuestro agradecimiento a D. Jesús Velayos, depositario de las piezas halladas durante la labranza del lugar, por habernos permitido el estudio de las mismas; estas piezas fueron donadas al Museo de Ávila posteriormente.

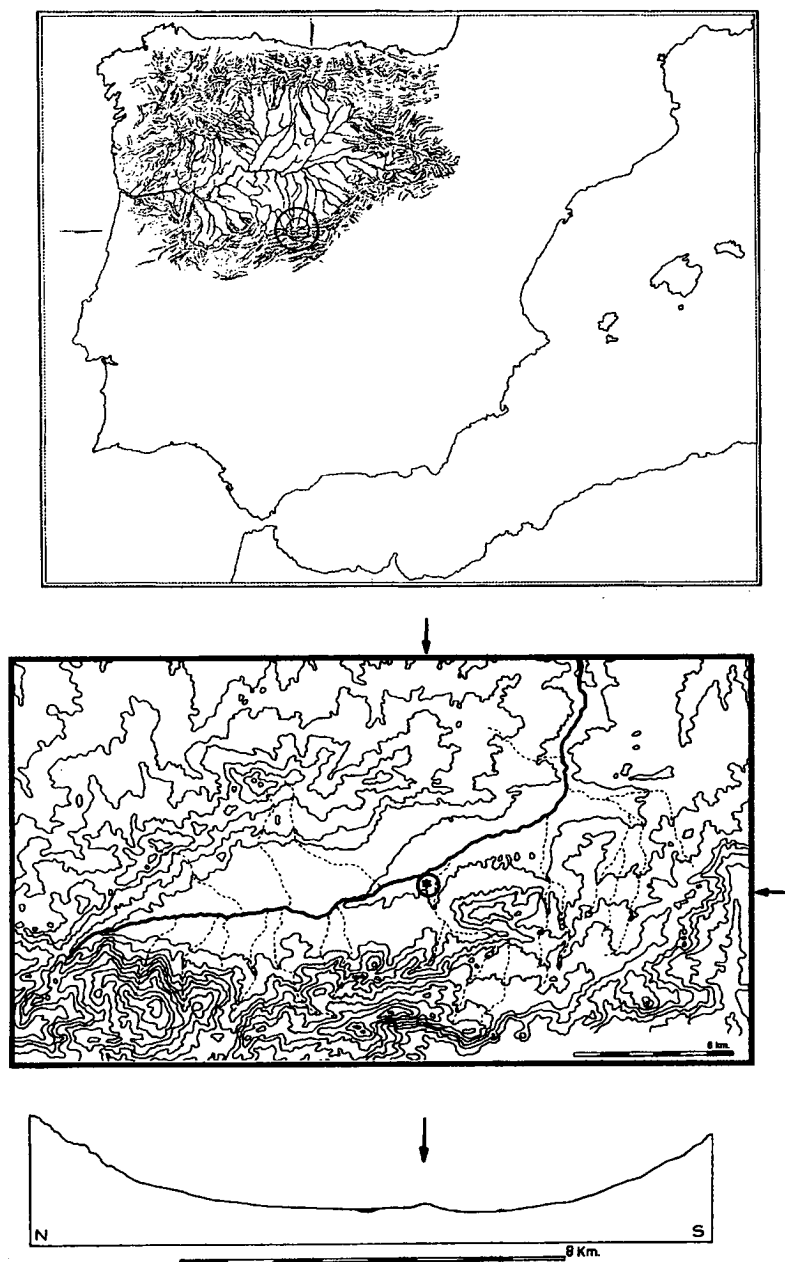


Figura 1. El Valle Amblés en la Meseta Norte. Topografía del V. Amblés y posición del Río Fortes dentro de él. Sección norte-sur del V. Amblés.

ce y a la vega del llamado *Río Fortes*. Este cauce de agua es en realidad un arroyo tributario del río Adaja, el curso de agua más importante en el Valle Amblés, en el cual desemboca a 2.200 m al noreste del yacimiento. Se encuentra por tanto en el curso bajo por lo que ha formado a lo largo del tiempo una vega de inundación convertida actualmente en un amplio soto favorable para el crecimiento de árboles de ribera y pastos de aprovechamiento ganadero. El yacimiento se sitúa en la zona alta del teso, una superficie levemente amesetada de unos 1.200 m². Aunque el conjunto de la elevación no destaca en exceso sobre la planicie del valle (unos 20 m más alto sobre las tierras circundantes), constituye un referente visual en el entorno, un punto claramente referencial desde el que se divisa una importante extensión de terreno en la zona central del valle.

2. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

a) LA ESTRATIFICACIÓN DEL YACIMIENTO

Nuestra intervención afectó a la cima del alomamiento donde se hallaba la supuesta estructura funeraria, espacio que amablemente el propietario de la finca había dejado sin cultivar con el fin de realizar los trabajos arqueológicos. Aquí, tomando como punto central una pequeña depresión cuyas coordenadas geográficas coincidían con uno de los núcleos catalogados en la ficha de inventario (Cruz Sánchez, 2001) y de donde, según todas las informaciones, procedían la lámina de azada y otros objetos líticos recuperados durante las labores agrícolas, trazamos un sondeo de 10 x 10 m, orientando uno de sus ejes hacia el sureste por la posibilidad de que nos hallásemos ante un sepulcro de corredor. Estos 100 m², posteriormente ampliados hasta 114 m², fueron divididos en 25 cuadrículas de 2 x 2 m de lado, nombradas según el sistema de coordenadas cartesianas.

La metodología de excavación siguió los principios de la estratigrafía arqueológica sistematizados por E.C. Harris (1991) y se vió complementada con el levantamiento de planos generales, la coordinación de la mayor parte del material arqueológico y el cribado de todo el sedimento mediante tamices de diferente luz. Se llevó a cabo, además, la flotación de una amplia muestra de las tierras del túmulo con el fin de recuperar semillas y carbones, y asimismo se recogieron muestras para realizar análisis paleobotánicos, sedimentológicos y de C14.

Antes de abordar la descripción de los niveles y estructuras identificados en Dehesa de Río Fortes I, resulta imprescindible hacer referencia a un factor que ha determinado el grado de conservación del yacimiento. Se trata del laboreo agrícola. Como ya hemos señalado en el epígrafe anterior, esta estación prehistórica se halla en el interior de una gran explotación agrícola dedicada al cultivo de secano. El empleo continuado de maquinaria pesada ha provocado no sólo el desmonte parcial de la loma y del supuesto túmulo que se alzaba sobre ella, sino que ha alterado considerablemente la estratificación del yacimiento, de modo que nos hallamos ante una estructura arrasada cuyas características originales sólo podemos intuir.

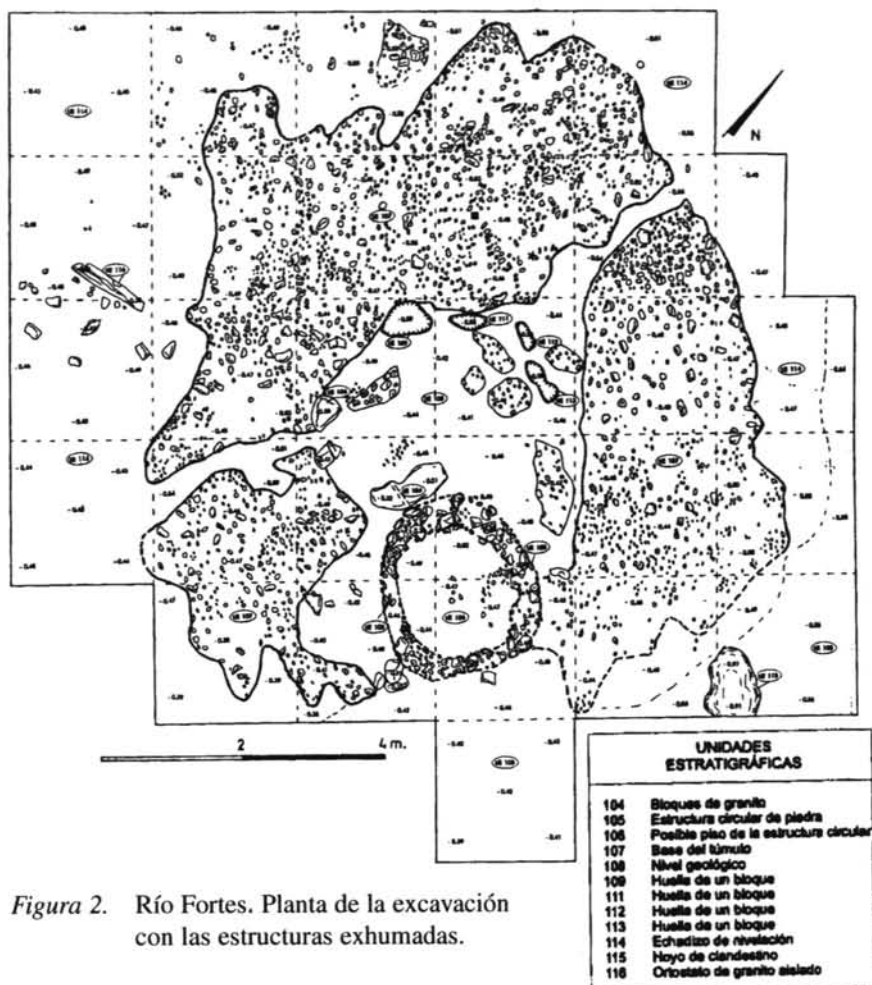


Figura 2. Río Fortes. Planta de la excavación con las estructuras exhumadas.

La vertedera ha generado un potente nivel de unos 40 cm, del que procede la mayor parte del material arqueológico recuperado, traumáticamente arrancado, por tanto, desde los casi desaparecidos niveles arqueológicos originales, pues esta acción destructiva, que al parecer siempre se ha realizado en dirección norte, ha llegado a incidir en el propio nivel geológico, unos 60 cm por debajo del estrato superficial.

El nivel vegetal de rastrojera (u.e. 100) cubría el citado depósito arenoso de color gris pardo con algunos manchones de tierra negra generado por la acción de los arados (u.e. 101). Este estrato de arada suministró tanto elementos constructivos —innumerables bloques de granito y cantos de cuarcita, muchos de ellos con señales de exposición al fuego—, como multitud de piezas de ajuar —hojas de sílex, microlitos geométricos, etc.—.

Pese a que es evidente que todos estos materiales se encontraban en posición secundaria, fue posible, sin embargo, advertir significativas concentraciones de restos. Así, en los cuadros B2, B3 y A2, coincidiendo con el lugar donde se encontraba una gran lancha de granito partida y levantada parcialmente por la vertedera y que debía formar parte de la estructura megalítica, y en el sector más meridional de las cuadrículas A1, B1 y C1 pudo apreciarse una clara concentración de grandes láminas de sílex, geométricos y adornos. En esta zona se recuperaron además tres piezas pulimentadas y un par de puntas de flecha, materiales todos ellos que, junto con los bloques y la gran piedra de granito, sugerían la existencia de una cámara dolménica (figura 3).



Figura 3. Río Fortes. Dispersión de los hallazgos.

En la orla periférica del sondeo advertimos, en cambio, una distribución ergológica diferente. En el sector noreste los materiales arqueológicos son muy escasos, mientras que abundan en la zona suroriental y occidental, aunque aquí predominan los restos cerámicos, con reducida presencia de lo lítico, que ahora se manifiesta en forma de lascas y restos de talla. Esta desigual dispersión de los materiales en el nivel de arada resultó muy ilustrativa de lo que la estratificación del yacimiento iba a deparar.

Por debajo de esta unidad de remoción reconocimos un depósito arenoso, de intenso color negro, que contenía, según qué zonas, carbones y algunos cantos de cuarcita de pequeño y mediano tamaño (u.e. 102), la mayoría de los cuales ofrecía señales de calentamiento y que hemos identificado con los restos de la tierra tumular. Este estrato adoptaba una planta más o menos semicircular, extendiéndose ligeramente hacia el norte. Sus dimensiones, teniendo en cuenta su desigual grado de conservación, son de algo más de 8 m de este a oeste por unos 6 m de norte a sur, y mostraba su mayor potencia en la zona central del sondeo. Los materiales arqueológicos proporcionados por este nivel no fueron demasiado abundantes y se documentaron todos ellos al norte de la gran lancha de granito ya mencionada: varios microlitos geométricos, alguna lámina de sílex y, sobre todo, un amplio conjunto de cuentas y adornos de variscita que se concentraban en una pequeña depresión. Para este nivel contamos con una datación absoluta obtenida a partir de un trozo de carbón analizado en el laboratorio Beta Analytic de Miami. La muestra (Beta-164477) procede del nivel de incendio del túmulo y ha proporcionado un resultado de 4970 ± 80 B.P., esto es, 3020 ± 80 a.C. (3960-3640 Cal BC). Teniendo en cuenta que se trata de una muestra de vida larga, creemos que la fecha podría señalar un momento en el que todavía está en uso la tumba colectiva o el momento del incendio que destruye y pretende sellar el antiguo monumento funerario.

Bajo este depósito de tierra negra advertimos un nuevo nivel de arena grisácea con abundante gravilla (u.e. 114), que pudo funcionar como estrato de nivelación, y cuyos límites no logramos precisar pues rebasaban las dimensiones del área trazada. Sobre él se asentaba un lecho de cantillos cuarcíticos (u.e. 107) que podría definirse como la base del túmulo. Describe una planta ovalada, que aproximadamente coincide con la del nivel negro superior, y mide unos 10 m de norte a sur por unos 12 m de este a oeste, dejando libre el centro de nuestro sondeo. En efecto, en las cuadrículas centrales no documentamos esta base de cantos, sino que en su lugar se identificaron varios bloques de granito de mediano tamaño (40 - 50 x 30 x 10 cm), parcialmente cubiertos por el estrato de tierra negra, y asociados a la gran lancha descubierta desde el nivel de arada. Estas piedras (u.e. 104), una de las cuales parecía incluso haber sido tallada en forma semicircular, descansaban directamente sobre el suelo natural. Alrededor de estos bloques pudimos identificar varias depresiones de planta más o menos ovalada que afectaban al nivel geológico. Éstas describían un arco de círculo que se cerraba en el ortostato y en las piedras de granito, dejando así un espacio central de tendencia circular (figura 2).

Las dimensiones de estas depresiones, coincidentes con las de algunos bloques hallados entre los materiales de remoción, y su disposición sugieren que se

trata de las improntas dejadas en la tierra natural por los elementos de construcción de una cámara dolménica, pese a que en este caso no nos hallemos ante grandes ortostatos y a que ni siquiera una esquirla de hueso haya aparecido en los tamices de la criba.

Se trataría, pues, de una cámara simple de unos 3 m de diámetro, de planta poligonal con tendencia a circular y construida con bloques de medianas dimensiones recogidos en los afloramientos naturales de la sierra, que se colocaron hundiéndose ligeramente en el suelo natural. Por el tamaño de las piedras empleadas deducimos que la cámara no debió de ofrecer un alzado elevado y que éste pudo conseguirse mediante el apilamiento de unos bloques sobre otros.

Más difícil de interpretar en relación con esta estructura, pero probablemente adscribible a esta misma fase constructiva, es la laja documentada en la zona occidental del área de excavación (u.e. 116). Se trata de una losa granítica de 1,13 m de longitud por 0,20 m de espesor y más de 0,40 m de anchura, que adopta una disposición vertical ligeramente inclinada en sentido este-oeste, y que se asienta en una pequeña zanja excavada en el geológico. El significado de esta gran piedra hincada y separada unos 2,5 m del resto de los bloques identificados se nos escapa. Descartada su vinculación con un posible corredor, pues, además de su señalado aislamiento, se encuentra al oeste de la cámara y no se aprecia ninguna interrupción en los restos del túmulo en esa dirección, sólo podemos intuir que nos hallemos ante una estructura distinta, al parecer contemporánea del sepulcro dolménico, que pudiera extenderse hacia la zona occidental del alomamiento y que dejaría traslucir una mayor complejidad del yacimiento.

Los restos muy someros de una cimentación de piedra (u.e. 105) documentada en el sector sureste del sondeo definen una segunda fase constructiva en la vida de la estación prehistórica de Río Fortes. Se trata de un espacio circular de 2 m de diámetro delimitado por bloques irregulares de granito y cantos de cuarcita que rellenaban sin ninguna disposición aparente una zanja excavada en el sustrato natural de unos 20 cm de profundidad y entre 35-40 cm de anchura. En el interior de esta estructura, igualmente arrasada, tan sólo reconocimos un exiguo nivel arenoso y compacto de tonalidad marrón, tal vez la superficie de frecuentación de este espacio, que cubría al jabre y que proporcionó varios galbos lisos (figura 2).

Desconocemos, más allá de su planta, las características de esta construcción, así como su dedicación doméstica o funeraria/simbólica, lo que sí está claro es que es una intervención posterior a la erección del túmulo como demuestran los argumentos estratigráficos, pues la zanja corta a los niveles tumulares. De este modo, esta nueva estructura habría desmontado ya en época antigua el túmulo en su mitad meridional, destruyendo parcialmente la base del mismo, y seguramente reaprovechando buena parte del material.

A modo de síntesis podemos decir que en la Dehesa de Río Fortes hemos identificado un monumento funerario en el que al menos se distinguen dos fases constructivas. En la primera de ellas se erige una cámara simple no megalítica sobre la

que se levanta un túmulo formado por una base de cantos, dispuesta sobre un echadizo de regularización, y un amontonamiento de tierra arenosa y oscura. En relación con esta modesta estructura dolménica se realiza al exterior, al oeste, algún tipo de construcción de imprecisa funcionalidad. En una segunda etapa se construye al sureste de la cámara dolménica una pequeña edificación circular de piedra, que desmonta parcialmente el túmulo previo.

b) ALGO DE LUZ SOBRE LOS RESTOS ESTRUCTURALES

A pesar del deterioro que mostraba el yacimiento en el momento de nuestra intervención, parece evidente que los constructores de Río Fortes no tuvieron la intención de levantar un monumento de grandes dimensiones. Así, en oposición a los complejos sepulcros de corredor característicos de los focos megalíticos salmantino y burgalés, la tumba de Mironcillo adoptó como solución la cámara simple, planta que no es infrecuente en los dólmenes del Noroeste.

No hemos advertido ningún indicio de la existencia de un supuesto corredor, ni siquiera "atrofiado" como sucede en ciertos dólmenes simples asturianos (Blas Cortina, 1983) o del Pirineo (Andrés Rupérez, 1975). No creemos que la aparición de una laja hincada al oeste de la cámara pueda relacionarse con el pasillo de acceso, fundamentalmente por su orientación, pues recordemos que los corredores de los megalitos salmantinos y el del propio dolmen abulense del Prado de las Cruces se sitúan entre los 100° y los 150° con respecto al norte magnético (Delibes y Santonja, 1986: 162; Fabián García, 1997: 23).

Desconocemos, por lo tanto, el significado funcional de este bloque aislado, que nos permite intuir que el planteamiento arquitectónico del monumento podría haber sido en realidad más complejo, pudiendo formar parte esta piedra de una cista, o bien de un espacio simbólico acotado por piedras.

Volviendo a las características de la cámara, ya hemos dicho que ésta debió de adoptar una planta poligonal con tendencia al círculo. En su construcción se emplearon bloques recogidos en los afloramientos graníticos de las sierras cercanas, que fueron colocados de manera apaisada, acostados sobre sus caras mayores, practicando un somero rebaje en el suelo natural para asentar los más irregulares. El alzado pudo estar construido en "barro trabado con cantos con un paramento interior de tierra en seco" como se ha planteado para el monumento palentino de La Velilla (Delibes y Zapatero, 1996: 338) o tal vez mediante el apilamiento de varias hiladas de piedra.

Ignoramos cuál sería el sistema de cubierta, aunque descartamos la utilización de una losa monolítica no sólo porque no hemos documentado restos de esta gran losa, sino también porque la estructura de la cámara no parece que hubiera podido soportar el peso de un cierre de semejantes características que, por otra parte, resultaría incoherente con el resto de la construcción. Cabe, pues, pensar en la posibilidad de que se emplease algún tipo de cubierta vegetal para cerrar el espacio cameral.

Del túmulo, que no parece que en origen fuera demasiado elevado, lo que ha llegado hasta nosotros es un echadizo de tierra arenosa que debió de servir para nivelar y regularizar el terreno, sobre él cual se dispuso un solado de cantos cuarcíticos de planta más o menos ovalada que rodea la cámara y que sirvió de base al amontonamiento de tierra limpia que cubriría la estructura. Carecemos de datos sobre la existencia de una coraza pétreo que protegiera el túmulo terrero de la erosión, aunque, de haber existido, habría sido el primer elemento destruido por los arados. Pese a su deterioro, creemos que sus dimensiones coinciden con las de los túmulos más pequeños reconocidos en Salamanca, pues su eje mayor debió de ser ligeramente inferior a los 15 m.

Al concluir el uso funerario de la estructura dolménica, ésta fue clausurada, para lo cual se recurrió a su incendio. Así lo indicarían el intenso color negro de la tierra tumular, en la cual se recuperaron bastantes carbones, y la aparición de bloques de granito y cuarcita quemados. El fuego debió afectar únicamente al túmulo y no al interior de la cámara, pues ninguno de los elementos de ajuar mostraba huellas de calentamiento.

Con posterioridad al cierre y abandono de la supuesta tumba colectiva, aunque tal vez sin que mediara un amplio lapso cronológico, en el sector suroriental del túmulo se levantó una construcción de planta circular, de unos 2 m de diámetro, de la que únicamente quedaba un basamento de piedra asentado en una zanja excavada en el suelo natural. Desconocemos cómo fue su alzado, si es que lo tuvo y no llevaba una pequeña cubierta tumular similar a la identificada en la tumba de Aldeagordillo (Fabián García, 1992).

Más difícil aún es aproximarnos a su carácter funcional, aunque creemos que es razonable explicar esta nueva estructura en la esfera de lo funerario y simbólico, pues parece difícil imaginar que en tiempos no muy alejados cronológicamente de la clausura de la tumba y en una época en que los dólmenes continúan siendo utilizados de manera habitual como espacio sepulcral por las gentes campaniformes, el túmulo de Río Fortes hubiera perdido su valor como lugar consagrado a los difuntos en el Valle Amblés.

Con todo lo visto hasta este momento, unido a la posición preeminente del sitio sobre el entorno y a los hallazgos, claramente ilustrativos como veremos a continuación, sólo cabe interpretar el yacimiento como un lugar cultural, bien sea de tipo funerario o simbólico, hipótesis que, aunque con menos posibilidades, no puede descartarse totalmente al no haber aparecido ningún resto óseo en todo lo excavado, circunstancia que puede tener variadas lecturas, como explicaremos más adelante.

3. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

El ajuar recuperado en Río Fortes está integrado por los elementos característicos que comparecen en cualquier megalito de la Meseta Norte —hojas de sílex, microlitos geométricos, cuentas de collar—, pero su principal peculiaridad, que por

el momento lo convierte en un testimonio único en nuestro territorio, reside en su espectacular conjunto de piezas pulimentadas, integrado por hacha, lámina de azada, cincel, gubia y maza, objetos todos ellos poco habituales en la Península Ibérica y que se concentran en los monumentos funerarios portugueses y gallegos, donde se identifican con la fase postrera del fenómeno megalítico.

a) HOJAS DE SÍLEX, GEOMÉTRICOS, ADORNOS..., EL AJUAR CLÁSICO

La piedra tallada, con más de 250 piezas, destaca por la utilización casi exclusiva del sílex como materia prima. Se trata de pedernal de excelente calidad, de grano muy fino que ofrece tonalidades muy diversas: blanco, gris translúcido, melado, granate o negro, variedad esta última que podría ser importada. Hay que señalar que si bien buena parte del sílex puede proceder de un determinado entorno cercano, no es en ningún caso el que conocemos en los afloramientos tabulares próximos de los términos de Muñopepe-Padiernos a 6 km al norte. En cambio, sí se detecta, casi siempre en forma de desechos de talla, el de tipo nodular que se encuentra en pequeños riñones en las inmediaciones del río Adaja hacia la zona central del valle, sílex que fue objeto de una intensa explotación por las poblaciones calcolíticas de la zona.

La elección de buen sílex estuvo sin duda condicionada por la utilización mayoritaria de la técnica laminar. Además de servir de base para la fabricación de todos los microlitos geométricos y de algunas puntas de flecha, destaca una magnífica colección de hojas de grandes dimensiones, que en numerosos casos superan los 200 mm de longitud, obtenidas mediante talla por presión a partir de núcleos prismáticos o piramidales. En total aparecieron 35 ejemplares, de los que quince están completos. Son láminas simples, de excelente factura, con sección habitualmente trapezoidal y con una longitud media (tomada a partir de las piezas completas) de 149'7 mm, por una anchura media (medida sobre todos los casos) de 23'05 mm. Los filos de todas ellas, excepto en tres, no presentan alteración alguna, ni por retoque intencionado ni por uso; habrían sido fabricadas, pues, para su inclusión en el monumento. De los tres casos exceptuados, dos presentan retoque que podría ser de uso, aunque no puede descartarse que se trate de alteraciones puntuales en el filo producidas desde su deposición. El tercer ejemplar es un fragmento proximal, depositado como tal fragmento a juzgar por la pátina que muestra la rotura; ofrece retoques simples directos en ambos filos, en uno de los cuales se observa con claridad el típico brillo de uso. En este caso concreto la excepcionalidad no afecta sólo al retoque, sino que se trata también de un sílex distinto al de las demás láminas, de color blanco, más parecido al que fue utilizado para estos útiles en los yacimientos calcolíticos del Valle Amblés.

Los geométricos constituyen el segundo gran grupo de piezas líticas. Se han recuperado un total de 30 microlitos más otros tres que podrían considerarse como dudosos, completos en su mayoría y realizados todos ellos sobre monturas laminares. Tan sólo en dos piezas se ha advertido el empleo de la técnica del microburil. El re-

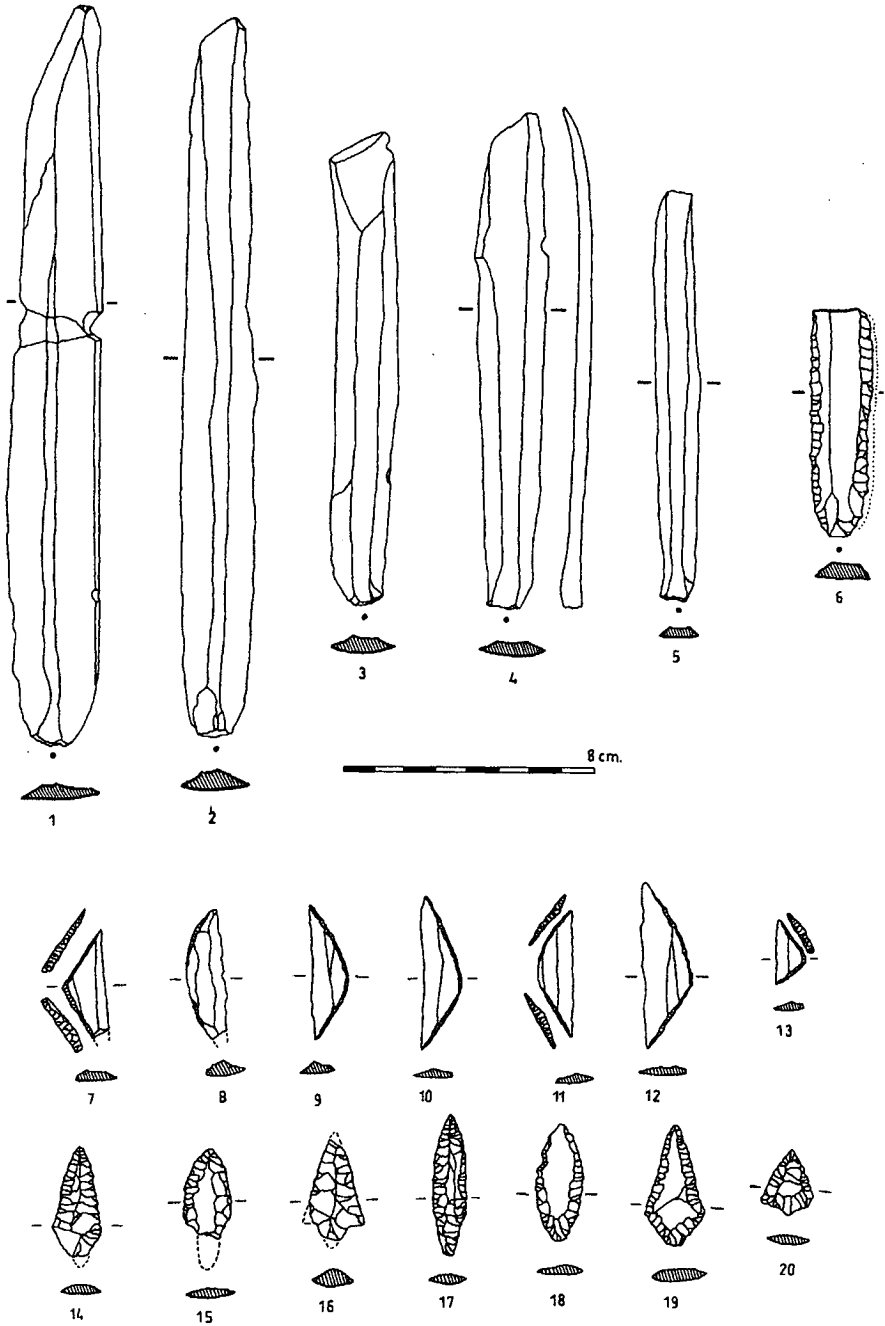


Figura 4. Río Fortes. Núms. 1 a 6: Hojas; 7 a 13: Geométricos. 14 a 20: Puntas de flecha.

toque es en todos los casos abrupto, pese a lo cual no es infrecuente que conviva con el modo simple, pero en ningún caso el doble bisel. El sílex utilizado no es el de las láminas, aquí lo será fundamentalmente el blanco, el marrón casi transparente y el incoloro/transparente.

	N.º piezas	%	Mayor	Menor	Media
Segmentos	6	19'3	47 x 12 mm	35 x 11 mm	40 x 11'3 mm
Trapecios	13	41'9	51 x 15 mm	19 x 9 mm	37'1 x 12 mm
Triángulos	12 (+ 3?)	38'7	48 x 12 mm	29 x 11 mm	36'6 x 11'8 mm
Total	31 (+ 3?)	99'9			

En bastantes ocasiones, la base menor del trapecio ofrece algunos retoques, de lo que resulta un cierto redondeo que en ningún caso confunde a la pieza con los segmentos. Al igual que las hojas la mayoría de los geométricos parecen no haber sido utilizados, presentan las puntas agudas originales y los filos intactos.

Láminas y geométricos están presentes en la mayoría de los ajuares megalíticos. En Río Fortes observamos la misma dominancia de trapecios y triángulos sobre segmentos que en los dólmenes salmantinos (Delibes y Santonja, 1986: 164) o en el más cercano del Prado de las Cruces (Fabián García, 1997: 74).

Menos numerosas son las puntas de flecha recuperadas en el yacimiento, en concreto doce ejemplares, de los cuales seis están fragmentados. Todas ellas están realizadas en sílex, aunque sólo en alguna hemos reconocido la utilización de sílex tabular y de soportes laminares. El retoque es de manera habitual plano, muy profundo y bifacial, en ocasiones cubriente, sin que resulte infrecuente que el contorno de las puntas esté delineado mediante talla simple y que la zona central de las mismas quede sin retocar (figura 4, núms. 14 a 20). Únicamente puede hacerse un comentario de la singularidad, si cabe, que presentan dos de los ejemplares (núms. 15 y 17), por cuanto no son frecuentes en contextos calcolíticos del Valle Amblés. Ambas tienen el cuerpo foliáceo y pedúnculo bien destacado. Podría tratarse de particularidades casuales sin importancia, pero dada la repetición de tipos que se da en los yacimientos de la Edad del Cobre del Valle Amblés es necesario mencionar la distinción.

La convivencia en muchos sepulcros colectivos de la Meseta de monturas geométricas y puntas de flecha ha permitido defender la existencia de una primera etapa en la implantación del megalitismo, correspondiente a los últimos siglos del IV milenio, en la que comparecen los microlitos en los ajuares en lugar de las puntas de flecha, piezas estas últimas que se incorporarían a los depósitos funerarios en el transcurso de la vida del monumento (Delibes y Santonja, 1986: 164-165).

Entre el resto de los materiales tallados se distinguen dos núcleos de lascas de pequeño tamaño, uno sobre cristal de roca y otro sobre nódulo de sílex. El primero

parece mejor planificado que el segundo, con levantamientos a partir de un plano de percusión. El de sílex se caracteriza por la improvisación de planos de percusión allí donde estos son posibles, técnica que caracteriza las extracciones lascas en los yacimientos calcolíticos del Valle Amblés. Los restos de talla son frecuentes en el yacimiento. Se trata de pequeñas lascas de sílex procedentes muchas de ellas de nodulitos locales. Con este detalle Río Fortes enlaza con lo que es la tónica general de este tipo de monumentos, en los que los restos de talla están presentes siempre, relacionados con la construcción del monumento, con su mantenimiento o con determinadas prácticas que se llevaban a cabo allí. Cabe destacar también la presencia de un posible fragmento de alabarda y de cuatro dientes de hoz sobre lasca, todos con lustre de uso, una lasca con muesca, dos prismas de cristal de roca vírgenes y una posible punta de flecha abandonada en curso de fabricación

Sin ser tan abundantes como en el vecino dolmen del Prado de las Cruces, los adornos de Río Fortes —54 piezas— forman, sin embargo, una colección morfológicamente más variada. La mayoría han sido realizados en minerales de color verde, que en una primera identificación *de visu* con la ayuda de una lupa binocular⁽²⁾ se han catalogado como variscita, procedente casi con seguridad de los afloramientos zamoranos localizados en torno a Palazuelo de las Cuevas. Además de piedras verdes se han empleado, bien es cierto que de forma minoritaria, otras materias como el jade, el lignito y la pizarra, esta última en la fabricación de media docena de pequeñísimas cuentas discoidales que rellenaban el orificio de otros tantos ejemplares anulares de variscita.

Las perforaciones son, por lo general, unipolares en las cuentas anulares, mientras que en las tubulares y en algunas anulares con tendencia bitroncocónica suelen ser bipolares y a veces están desviadas. También hay algún ejemplo en que se ha practicado el agujero después de rebajar la superficie por abrasión.

Anulares	Nº piezas	%
Discoidales estrechas	19	55,88
Discoidales gruesas	9	26,47
Bitroncocónicas	2	5,88
Irregulares con tendencia oval	4	11,76
Total	34	100

(2) La identificación de las materias primas empleadas en la fabricación de los adornos y de las piezas pulimentadas ha corrido a cargo del Dr. Alejandro del Valle González, del Departamento de Cristalografía y Mineralogía de la Universidad de Valladolid, al que agradecemos su desinteresada colaboración.

Tubulares	Nº piezas	%
Cilíndricas	9	50
En forma de tonel	4	22,22
Tubulares aplastadas	3	16,66
Tubulares troncocónicas	2	11,11
Total	18	100

Las más abundantes son las cuentas anulares, que suponen el 65,4% del total, aunque en nuestro yacimiento las tubulares están porcentualmente mejor representadas que en el vecino dolmen de Bernuy, con un 34,6%. Más de la mitad de las anulares corresponden al tipo discoidal de sección estrecha, seguidas por las discoidales gruesas, mientras que las de tendencia bitroncocónica son las menos frecuentes. Sus dimensiones varían entre los 3-2 mm de diámetro de las cuentas de pizarra y los 14 mm de algunas piezas gruesas o bitroncocónicas, aunque el tamaño medio se sitúa en los 7-9 mm.

El 50% de las cuentas tubulares son cilíndricas y superan en varios casos los 20 mm de longitud. Las toneliformes, aplastadas y troncocónicas aparecen en menor número, con dimensiones que oscilan entre 9 y 13 mm. Estos adornos tubulares muestran una mayor diversidad en cuanto a las materias primas, pues pese a que dominan las piedras de color verde, también están realizadas en jade, lignito y, posiblemente, en talco.

La colección de adornos de la Dehesa de Río Fortes se completa con el hallazgo en las tierras del túmulo de dos piezas que ofrecen una morfología claramente diferenciada, aunque sin duda formarían parte de las mismas sartas. Una es una placa de forma más o menos rectangular (31 x 18 x 8 mm), de color verde intenso, que muestra en los extremos dos amplias perforaciones bipolares. La otra, fabricada en la misma piedra, es un cilindro hueco de 48 mm de longitud, con muy buen acabado, y con cuatro perforaciones unipolares en los extremos (figura 6, núms. 3 y 4).

La cerámica recuperada en la Dehesa de Río Fortes es escasa y poco significativa desde el punto de vista formal y decorativo. Se encuentra además sumamente fragmentada, debido tanto a las limpiezas periódicas que debió sufrir el monumento en época prehistórica, como a la intensa remoción provocada por las labores agrícolas. En total hemos recogido 472 fragmentos, todos ellos modelados a mano y cocidos en ambiente reductor, con superficies alisadas y espatuladas, en ocasiones bruñidas, de color gris y negro, aunque tampoco es infrecuente el tono castaño. En veintisiete fragmentos de borde fue posible reconocer su forma (figura 5): de ellos en veintidós casos se trataba de cuencos hemisféricos simples, dos de los cuales sobrepasan, aunque en muy poco, la estricta semiesfera predominante en los anteriores. Dos pequeños recipientes, con 5 y 10 cm de diámetro en la boca respectivamente y bordes levemente abiertos, podrían haber correspondido a sendas

cazuelitas de carena media o media-baja conocidas en la zona por su asociación frecuente con la cerámica campaniforme, aunque nunca vistas tan pequeñas como la de los 5 cm de diámetro. Quizás pueda asociarse con este tipo un fragmento de galbo con carena. Sólo en ocho fue posible determinar los diámetros de la boca, que en ningún caso sobrepasaban los 24 cm. Mayoritariamente tienen las paredes delgadas, parece tratarse de recipientes pequeños o pequeño-medianos.

Las decoraciones comparecen únicamente en catorce fragmentos, todos ellos de tipo campaniforme. Trece son de estilo puntillado y uno ciempozuelos (figura 5). La pequeñez de las piezas impide conocer si se trata en todos los casos de puntillados geométricos, como sucede en la mayoría de los ejemplares, o alguno de los que presen-

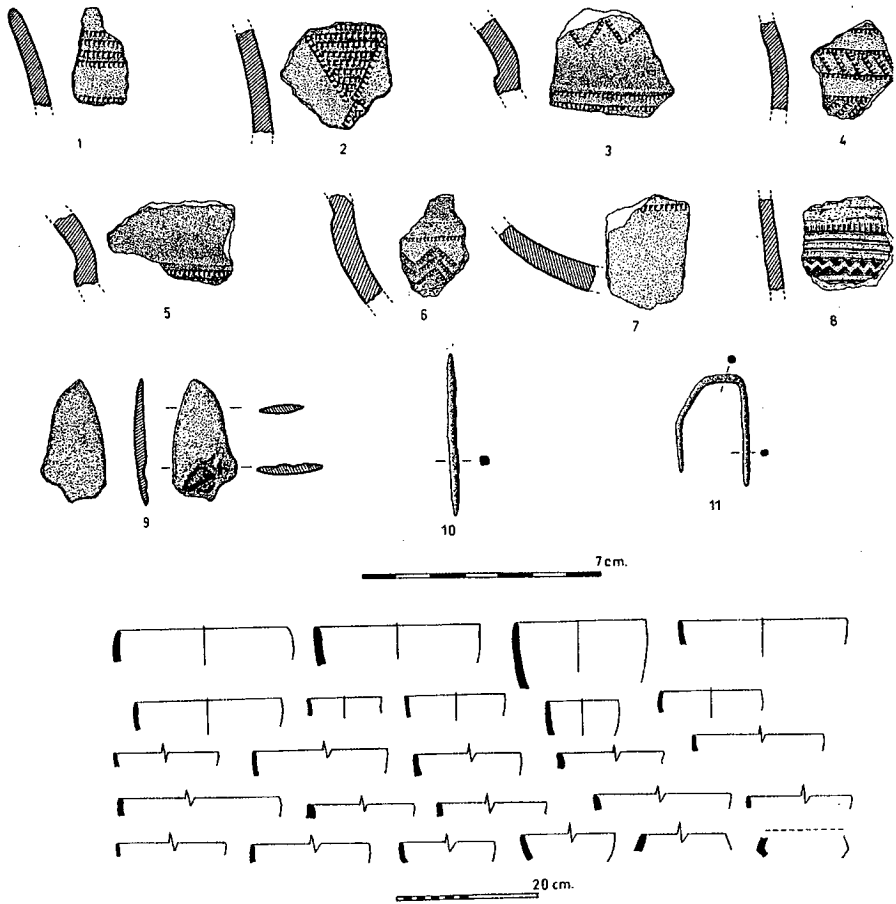


Figura 5. Río Fortes. Núms. 1 a 8: Fragmentos de cerámica campaniforme. Núms. 9 a 11: Elementos metálicos. Tabla de formas cerámicas.

tan bandas rellenas de paralelas oblicuas es en realidad de estilo marítimo. Lo que les une a todos ellos, excepto a uno, es la factura tosca y la dimensión de la impronta del puntillado, siempre grande para lo que suele ser habitual en los tipos muy cuidados. En algún fragmento hay pasta blanca incrustada. Por la decoración y la apariencia externa podrían corresponder a un máximo de tres recipientes. Las formas no son fáciles de determinar salvo en dos casos, tal vez correspondientes a la misma pieza, que definen con claridad un vaso campaniforme en sentido estricto. El fragmento puntillado restante presenta una factura diferente, con un puntillado muy fino y cuidado a base de tres líneas de zig-zag (figura 5, núm. 6). El de estilo ciempozuelos combina incisiones y pseudo excisiones en un galbo muy rodado (figura 5, núm. 8).

A medida que va intensificándose el estudio del Calcolítico de la zona son más los hallazgos campaniformes que se conocen tanto en el Valle Amblés como en las tierras llanas sedimentarias al norte de él. Puede decirse ya con toda seguridad que la cerámica campaniforme fue conocida y utilizada con toda normalidad en esta zona, implicando su uso tanto a los poblados como a los testimonios funerarios, en los que aparece generalmente asociado a los casos monumentales, como por ejemplo el Túmulo 1 de Aldeagordillo o el dolmen del Prado de las Cruces, estando ausente en las tumbas simples, sin ajuares y en fosas reutilizadas. En cuanto a los estilos, el menos frecuente hasta el momento es el marítimo. En el caso concreto del Valle Amblés el campaniforme ciempozuelos duplica a los puntillados geométricos, distinguiéndose en ambos los ejemplares con decoraciones muy cuidadas de los que parecen imitaciones de menor calidad. Por todo ello el campaniforme del túmulo de Río Fortes se incluye con normalidad en el ambiente del final del Calcolítico del Valle Amblés y del sector oriental del sur de la Meseta Norte.

Por último, los restos metálicos recuperados en Río Fortes, que seguramente hemos de interpretar como objetos de prestigio en un momento en que los útiles de metal todavía constituyen un producto exótico al alcance de unos pocos miembros de estas comunidades, se reducen a tres pequeñas piezas presumiblemente de cobre (figura 5, núms. 9 a 11). Se trata de un pequeño punzón, de una lezna y de una posible punta de flecha de tipo triangular con pedúnculo central y alerones (o tal vez la punta enmangable de un diminuto puñal). Llama la atención esta última por su aspecto tosco y mal acabado, con apariencia de no haber sido objeto de ningún retoque por martillado después de salir del molde.

b) LA PANOPLIA PULIMENTADA:

SÍMBOLOS DE ESTATUS EN EL OCASO DEL MEGALITISMO.

Sin duda las piezas más espectaculares y las que convierten al yacimiento de Río Fortes en un *unicum* en la Meseta son los objetos de piedra pulimentada, que han de interpretarse como objetos de parada ligados al ritual simbólico/funerario de ciertos individuos socialmente encumbrados en las comunidades epimegalíticas de la Submeseta Norte.

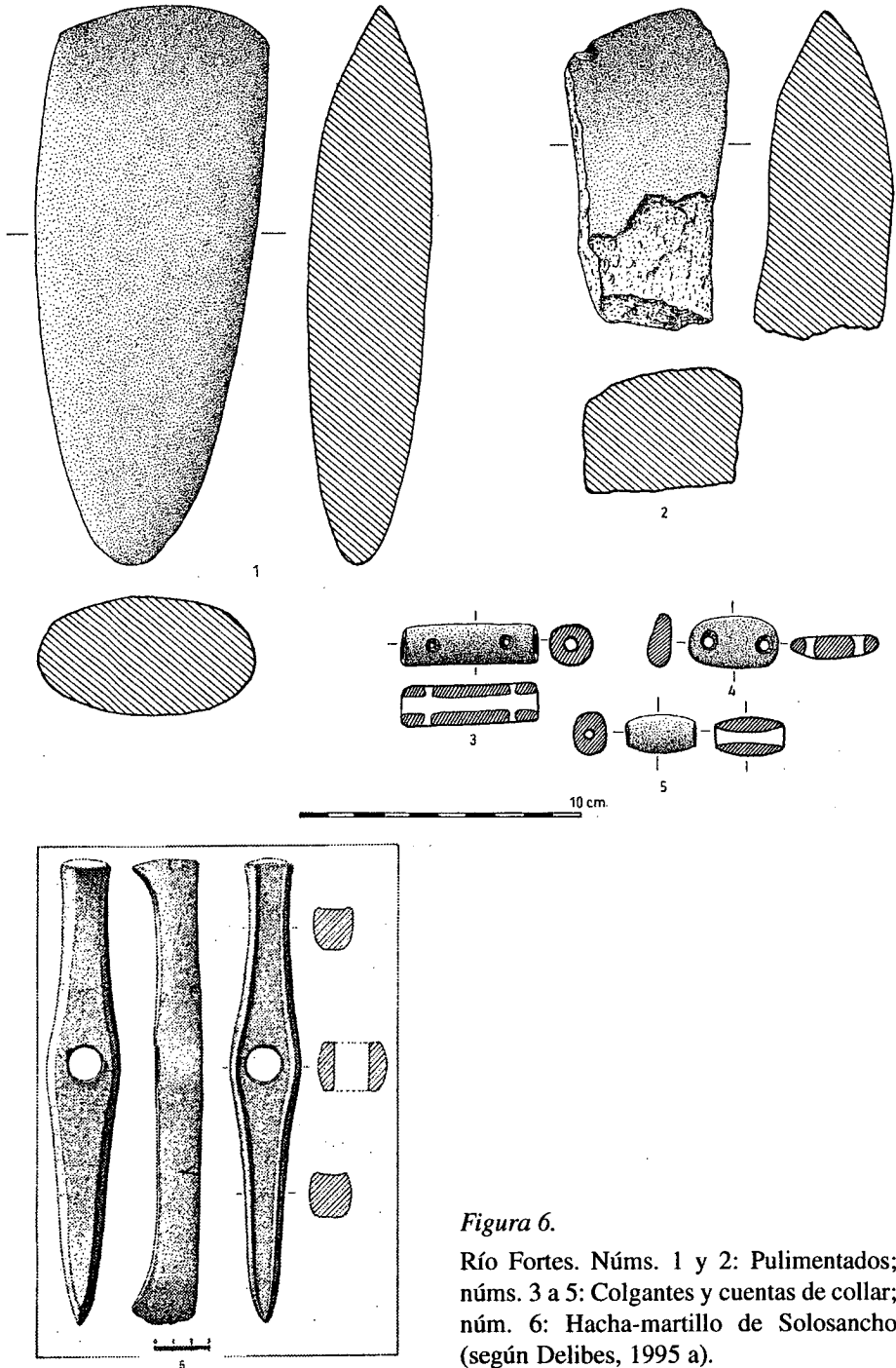


Figura 6.

Río Fortes. Núms. 1 y 2: Pulimentados; núms. 3 a 5: Colgantes y cuentas de collar; núm. 6: Hacha-martillo de Solosancho (según Delibes, 1995 a).

Además de dos fragmentos de hachas de pequeñas dimensiones realizadas en sillimanita, y de otra de mayor tamaño y aspecto muy tosco fabricada en cuarzo citrino, destaca un singular conjunto de cinco piezas —un hacha de gran tamaño, un cincel, una gubia, una lámina de azada y una maza—, que en sí mismas constituyen toda una novedad en el mundo funerario de este momento en el interior de la Península, pues hasta ahora su aparición se limitaba casi de manera exclusiva al territorio gallego y al centro y sur de Portugal.

El hacha es el único tipo habitual en los ajuares dolménicos. La de Mironcillo es una pieza de grandes dimensiones (195 x 76 x 42 mm), realizada sobre una sillimanita de tonos amarillentos y grisáceos, forma triangular y sección elíptica, con filo convexo-simétrico y talón igualmente convexo. Se encuentra en perfecto estado y muestra un buen trabajo de pulimento, mucho más cuidado en la cara dorsal y en la zona activa, en la cual no observamos ninguna melladura (figura 6, núm. 1).

La pieza que hemos catalogado como una hoja de azada está realizada, con un excelente pulimento, sobre fibrolita de color blanco-grisáceo y ofrece una morfología triangular muy alargada y plana (220 x 44 x 13 mm), con filo convexo-simétrico. Muestra la particularidad de llevar una perforación bipolar y excéntrica en la zona del talón (figura 7, núm. 2).

Frecuentes en los ajuares de los túmulos bretones con una cronología de comienzos del III milenio (l'Helgouach, 1979: 222), las láminas de azada son escasas en la Península Ibérica y, como señala Fábregas (1991: 65), su aparición se limita a las tumbas megalíticas de la Beira Alta, entre ellas Orca dos Tojais y Carapito I (Leisner y Ribeiro, 1968), y a varios túmulos gallegos, como los de Rechaba (Vázquez Varela, 1979), Mariñaos (Fábregas Valcarce, 1983) y A Mina de Parxubeira (Rodríguez Casal, 1980). Fuera de territorio galaico-portugués sólo se conoce un ejemplar procedente del túmulo núm. 16 de Campiello, en la localidad asturiana de Tineo (Jordá *et alii*, 1972-73), y otro del dolmen de Santa Cruz, en Cangas de Onís (Blas Cortina, 1983: fig. 15, n.º 63).

Como gubia hemos catalogado una pieza extraordinariamente alargada y estrecha (215 x 27 x 23 mm) en forma de huso, sección más o menos cuadrada y una zona activa cóncavo-convexa. Está fabricada en fibrolita de color gris verdoso y exhibe un excepcional trabajo de pulido (figura 7, núm. 3).

Las gubias son objetos aún más infrecuentes que las hojas de azada. Escasamente aparecen repartidos por toda la fachada occidental de la Península con un amplio marco cronológico, pues están presentes tanto en los ajuares de los megalitos portugueses más antiguos, como en poblados y cuevas plenamente calcolíticas. Comparecen en sepulturas neolíticas en cista del Algarve (Leisner y Leisner, 1959), en Cova da Moura, en Torres Vedras (Spindler, 1981) y en dólmenes alentejanos como de Poço da Gateira (Leisner, 1951) y Carapito 4 (Leisner y Ribeiro, 1968). Se conocen gubias también en grutas funerarias de la Extremadura portuguesa como las de Palmela, San Pedro de Estoril (Leisner, 1965) y Poço Velho (do Paço, 1971). En Galicia se han documentado tres ejemplares procedentes de A Mina de Parxubeira

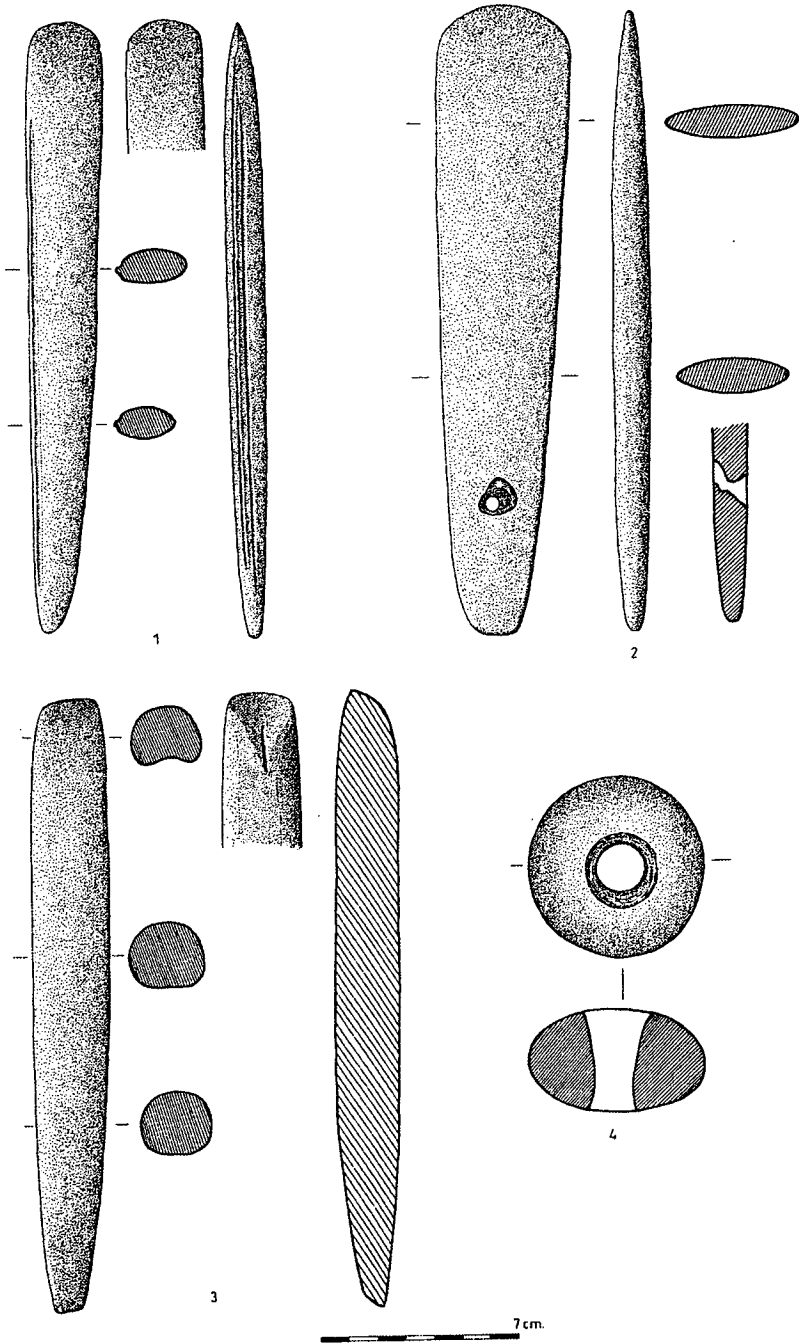


Figura 7. Río Fortes. Pulimentados asociables al *Horizonte Rechaba*.

y del túmulo del km 24 de la carretera Ribadavia-Cea (Fábregas Valcarce, 1984), además de otro conservado en el Museo de Lugo y que podría provenir de Monte Ramil (López Cuevillas, 1959). Fuera de la región atlántica peninsular sólo se tiene noticia de una gubia en el túmulo núm. 2 del Cerro del Garrote, en Cáceres (Leisner y Leisner, 1959).

Otra de las piezas integrantes de este singular lote de pulimentados es un objeto fabricado sobre una sillimanita que presenta cierto grado de alteración, lo que parece explicar su fragilidad, pues apareció roto en cinco fragmentos, y que hemos identificado con un cincel (figura 7, núm. 1). Mide 215 x 25 x 13 mm, tiene forma alargada, sección estrecha y el filo es convexo-simétrico. Muestra dos acanaladuras longitudinales que recorren desde el talón hasta el filo el lado izquierdo del útil. La presencia de estos acanalados no es exclusiva de la pieza abulense, pues un buen número de cinceles suelen mostrar estos canales que pueden relacionarse con el proceso de aserrado durante su fabricación (Fábregas Valcarce, 1984: 142).

Los cinceles son igualmente objetos singulares en la Península. Si bien se conocen ejemplares en los sepulcros de fosa catalanes (Ripoll y Llongueras, 1967), y una pieza hallada en el ya mencionado túmulo asturiano de Campiello, la mayoría comparece una vez más en Galicia y en Portugal. En la región gallega se han recogido cinceles, entre otros, en Veiga das Mamoas (Fábregas Valcarce, 1983), en Monte Campelos (Rodríguez Casal, 1983) y en el túmulo de Rechaba (Vázquez Varela, 1979). Mientras, en el país vecino se conocen en los poblados de Leceia, en Lisboa (Cardoso, 1980) y de Ota, Alenquer (Barbosa, 1956) y en el sepulcro de corredor alentejano de Velada (Leisner, 1959).

La colección de pulimentados de Mironcillo se completa con una maza (figura 7, núm. 4). Es ésta una pieza perforada de morfología anular realizada sobre serpentina. Muestra un buen acabado, aunque en el interior de la perforación, de tendencia cilíndrica, se advierten las estrías concéntricas dejadas probablemente por el taladro empleado en la confección del orificio, aspecto éste que contrasta con la mayoría de los ejemplares del Noroeste, que ofrecen una perforación bicónica realizada mediante piqueteado.

Las mazas portuguesas, más simples que las gallegas, se concentran en la Extremadura y el Alentejo. Con una datación calcolítica comparan en los hábitats de Vila Nova de San Pedro y Rotura (Jalhay y Paço, 1945; Spindler, 1981). Mientras, en Galicia estas piezas ofrecen mayor diversidad de formas: trilobuladas, bitroncónicas y piriformes, y con cierta frecuencia se adornan con molduras y relieves. Se conocen mazas procedentes, entre otros, del túmulo de Pago da Matela (Luengo Martínez, 1974-75), del de Veiga dos Mouros (Maciñeira, 1944-45), del de Rechaba (Vázquez Varela, 1979) y de los de Veiga das Mamoas y Mariñaos (Fábregas Valcarce, 1983).

Todas estas piezas constituyen un conjunto homogéneo de elementos votivos hasta ahora inédito en el interior de la Península. Objetos similares, habitualmente asociados entre sí, se han documentado, como hemos tenido ocasión de com-

probar, en monumentos funerarios portugueses y gallegos, en ocasiones junto con algún tipo no representado en el yacimiento abulense como es el de la doble hacha, presente en contextos sepulcrales del Noroeste como Meirama, Campelos y A Golada (Fábregas Valcarce, 1991), hachas de combate que también se han recuperado en el sitio asturiano de Fondadal (Blas Cortina, 1973; Blas Cortina y Corretgé Castañón, 2001) y en el dolmen navarro de Balenkaleku Norte (Apellániz, 1973).

Aunque este tipo de dobles hachas simétricas no está presente en la panoplia de Mironcillo, queremos sin embargo llamar la atención sobre una hasta ahora exótica pieza depositada en el Museo de Ávila y supuestamente procedente del municipio de Solosanco, según figura en una adquisición masiva de piezas por el citado museo promovida por A. Molinero en los años 60, que podría ser objeto de una nueva lectura a partir de los datos proporcionados por el túmulo de Río Fortes. Se trata del hacha-martillo perforada de Solosanco (figura 6, núm. 6). Delibes (1995a: 60) la define como "(...) una pieza llamativamente larga (245 mm) y estrecha (...), cuyo rasgo más significativo reside en la gruesa perforación, de 20 mm de diámetro, que la atraviesa por el centro, facilitando su empuje directo. En uno de los extremos se localiza el filo del hacha, ligeramente convexo y bastante recocado en relación con el ancho uniforme de la hoja, mientras en el opuesto se dispone (...) el martillo. Está trabajada sobre una piedra dura de tonalidad ocre-verdosa y ofrece superficies finamente pulidas, lo que le confiere cierto aspecto metálico". Varios son los puntos en común entre esta excepcional pieza y el equipo pulimentado de Mironcillo. En primer lugar debemos señalar la cercanía geográfica que existe entre el término de Solosanco y el emplazamiento de nuestro túmulo, a menos de 5 km. Por otro lado, el hacha-martillo está fabricada sobre una piedra metamórfica de tono ocre-verdoso que nos recuerda a la roca empleada en la gubia de Río Fortes, que también exhibe un magnífico pulido "metálico".

A estas coincidencias viene a sumarse otra de carácter técnico y que hace referencia al tipo de perforación, que no es bicónica, a diferencia del tipo de orificio que presentan la mayoría de estos objetos en el Noroeste, sino de tendencia cilíndrica, y que se asemeja al agujero de empuje que presenta la maza de Río Fortes, cuyo perfil es casi recto.

Si en su momento Delibes (ibídem) planteaba la hipótesis de que el hacha de combate de Solosanco pudiera ser un elemento de prestigio importado del Norte de Europa, a la luz de los nuevos datos y de la imprecisa procedencia de esa pieza no creemos descabellado proponer que ésta podría haber formado parte del viático mortuario depositado en Río Fortes en la fase postrera de utilización del túmulo como el objeto suntuario más destacado de un conjunto de elementos de prestigio y simbolización de poder, que sin duda acompañarían a un personaje socialmente destacado en el seno de una comunidad que ofrece ya una marcada jerarquización. Aunque esta es una hipótesis probable tampoco puede descartarse su procedencia real de Solosanco, donde se conoce algún testimonio enigmático que pudiera apuntar a un posible túmulo desaparecido (Salazar Cortés, 2001).

Tanto el hacha-martillo como los pulimentados de Río Fortes, que como vemos pudieron formar parte del mismo ritual, son tipos de clara ascendencia nórdica, que aparecen distribuidos por toda la fachada occidental europea vinculados a la expansión del fenómeno campaniforme y a los compases finales del mundo megalítico (Blas Cortina y Corretgé, 2001), etapa que en el noroeste peninsular recibe el nombre de Horizonte Rechaba (Vázquez Varela, 1979). Éste se identifica con monumentos funerarios, habitualmente túmulos con cámaras indefinidas desde el punto de vista arquitectónico o cistas en el interior de los mismos, en los que aparecen objetos como mazas, dobles hachas, láminas de azada... parafernalia mortuoria ilustrativa de una cronología tardía, en torno a la segunda mitad del III milenio.

En cuanto al origen de este viático, sin descartar su posible ascendiente nórdico, parece más plausible plantear que se trate de productos locales o bien, como señalan Blas Cortina y Corretgé para el ejemplar de Marabiu, importados de regiones más cercanas, como Portugal o Galicia, que canalizarían los influjos atlánticos que llegan a la Meseta hacia el 2500 cal AC.

4. EL YACIMIENTO DE RÍO FORTES, TESTIMONIO DEL HORIZONTE RECHABA EN LA MESETA

El análisis estratigráfico del yacimiento y el estudio de los materiales arqueológicos nos permite afirmar que en La Dehesa de Río Fortes existió una estructura tumular supuestamente de carácter funerario, pese a que los restos óseos estén por completo ausentes del registro, aspecto que no sabemos si achacar a cuestiones de conservación o al resultado de alguna práctica ritual, emparentada con el fenómeno megalítico, aunque su arquitectura, alejada de la ortodoxia dolménica, vuelva a poner de manifiesto el polimorfismo de las tumbas colectivas en la Meseta Norte.

La elección del emplazamiento estuvo sin duda condicionada por la presencia de un solitario alomamiento en medio de un paisaje llano y adhesionado como pone de manifiesto el análisis de pólenes que acompaña este trabajo, de tal modo que la topografía ya sugería el carácter tumular de la construcción.

En cuanto a la propia estructura funeraria, la utilización de bloques de pequeño y mediano tamaño en lugar de los grandes ortostatos que estamos acostumbrados a encontrar en la mayoría de las tumbas dolménicas, entre ellas el cercano monumento de Bernuy-Salineru, no estaría condicionada por la disponibilidad de materia prima, pues el abastecimiento de piedra no suponía problema alguno al encontrarse los primeros afloramientos graníticos a menos de 3 km al sur. Hemos de pensar, por tanto, que la renuncia al empleo de grandes lanchas debió ser algo intencionado, planeado desde el mismo momento en que se concibió el monumento, con unas peculiares características arquitectónicas más próximas a las de modelos funerarios constatados en el centro de la cuenca sedimentaria, recordemos los ejemplos de El Miradero (Delibes *et alii*, 1987) y La Velilla (Delibes y Zapatero, 1996), pero también en el foco de La Lora burgalesa, donde hallamos pruebas de este polimorfismo

en los túmulos de Rebolledo y Valdemuriel (Delibes y Rojo, 1997), y que sin duda responden a una tradición megalítica concreta.

Puede que dentro de esta misma tradición se contemple el uso del fuego como fórmula de clausura del monumento, aspecto éste que no es desconocido en el ambiente megalítico de la Meseta. Lo encontramos documentado en los ya mencionados osarios de El Miradero (Delibes *et alii*, 1986 y 1987) y de Rebolledo (Delibes y Rojo, 1997), y en las tumbas sorianas de La Peña de la Abuela (Rojo *et alii*, 1996) y La Sima o en la burgalesa de Los Morcales (Rojo *et alii*, 2002), aunque en éstos aparece ligado a la identificación de una costra calcárea que sella las inhumaciones y que se relaciona con el incendio de la coraza pétreá.

En Mironcillo carecemos de una prueba tan significativa, puesto que no hay calizas en la zona, sin embargo la existencia de huellas de calentamiento en numerosas piedras, de carbones y de un depósito de tierra de intenso color negro puede apoyar la idea de un incendio importante comparable a los casos sorianos y burgaleses. No sabemos si la quema del túmulo fue deliberada o, por el contrario, pudo tener un carácter accidental, provocada por las posibles hogueras rituales encendidas alrededor de las tumbas (Delibes, 1995b: 74), más aún si es cierta nuestra hipótesis de una cubierta vegetal para la cámara. Con todo, el caso de Río Fortes viene a sumarse a otros tantos ejemplos de arquitecturas funerarias con evidencias de fuego, lo que hace que cobre peso la teoría sobre la intencionalidad de estos incendios.

Pese al modesto empaque del monumento perfilado en estas líneas, su complejidad pudo ser mayor, si tenemos en cuenta que al menos en su flanco oeste se levantó con el mismo material que la cámara una estructura desconocida, pero que pudo tener su lugar ritual, tal vez en alguna de esas ceremonias que convierten a los túmulos funerarios en “monumentos para los vivos”, como defiende Criado a partir de paralelos etnográficos y datos arqueológicos del Noroeste peninsular (Criado *et alii*, 2000)

Con posterioridad al cierre y abandono de la tumba colectiva, aunque tal vez sin que mediara un amplio lapso cronológico, se levantó sobre el antiguo túmulo una pequeña construcción circular, en cuyo entorno más inmediato aparecieron concentrados la mitad de los fragmentos campaniformes. Ignoramos si sus responsables practicaron nuevas inhumaciones en el interior de la vieja estructura neolítica o si únicamente se conformaron con depositar a sus muertos en este nuevo espacio en un intento, como señalan Delibes y Santonja (1986: 209), de convivencia entre la tradición del sepulcro colectivo y la novedosa tendencia de los enterramientos individuales.

En este sentido, es necesario recordar lo acontecido en el túmulo soriano de La Sima (Miño de Mediana), donde al sellado de una tumba por el procedimiento del incendio y de la metamorfosis de las rocas en cal sucede la construcción de un *tholos* funerario paracircular que utiliza como basamento la costra calcárea. Esa segunda construcción parece que fue realizada en época campaniforme a juzgar por los ajuares que acompañaban a alguna de las inhumaciones (Rojo *et alii*, 2002: 33-

34); es decir, una situación muy parecida a la que de manera más desdibujada por las circunstancias ha mostrado la excavación de Río Fortes, aunque aquí el incendio no tuvo la envergadura de los casos de Soria y Burgos, donde era conocida de antemano la conveniencia de un prolongado e intenso fuego sobre las calizas. Seguramente en Río Fortes se sabía que el resultado no podía ser el mismo, por tanto el ritual pudo precisar de un incendio menor, el suficiente para cumplir con la norma, que estaba por encima del resultado morfológico y de las condiciones litológicas de cada zona.

Estos significativos ejemplos convierten al uso del fuego en la base esencial de ese ritual de supuesta clausura y permiten suponer que la intención de crear una costra de cal era o bien una casualidad accidental como piensan Delibes y Etxeberría (2002), o bien una circunstancia adicional y agravante del trámite mortuorio que se sabía posible en las zonas donde la piedra a utilizar no era otra que la caliza.

Si la estructura sirvió como sepulcro o no, y si en tal caso tuvo un carácter individual o colectivo es otro aspecto que, dada la absoluta ausencia de restos óseos, se nos escapa. En cualquier caso, de ser una tumba creemos que no guarda relación con las manifestaciones funerarias cercanas como el Túmulo 1 de Aldeagordillo (Fabián, 1992) o la tumba de Valdeprados (Gómez y Sanz, 1994), ya que éstas son en primer lugar sitios donde el funerario en época campaniforme no está vinculado con nada similar anterior en el tiempo, es decir, no parece haber un deseo de perpetuar la memoria del lugar. Aldeagordillo se encuentra sobre los restos de un poblado calcolítico, pero no sobre un espacio funerario construido mucho tiempo atrás, al contrario de lo que sucede en Río Fortes, donde pervive el simbolismo ancestral del sitio. Nuestro yacimiento enlazaría, en todo caso, por citar lo más próximo, con el dolmen del Prado de las Cruces, cuya dilatada trayectoria diacrónica le otorga un carácter más complejo que el de mero panteón, aunque continuara desempeñando esta función en determinadas circunstancias y para albergar los cuerpos de personajes concretos.

Hemos de recordar que en los compases finales del megalitismo del Noroeste u Horizonte Rechaba, con el que nuestro yacimiento hemos comprobado que comparte muchos rasgos, es frecuente la presencia de enterramientos en cistas o en cámaras irregulares en los viejos túmulos (Rodríguez Casal, 1983: 34). De este modo, no resulta improbable que esta "caja" circular de piedra se construyese con el fin de albergar el cuerpo de un individuo destacado en la organización social y económica de su comunidad, un jefe que puede permitirse elementos de estatus y de prestigio tan singulares como gubias, mazas o hachas de combate como la de Solosancho, piezas que, lejos de su utilidad práctica, han de entenderse como objetos de parada, emblemas de poder ligados a una nueva mentalidad que exalta los valores de la virilidad y la guerra (Blas Cortina y Corretgé, 2001: 151). En definitiva, un personaje con suficiente relevancia social que ha obtenido el raro privilegio de ser enterrado en una estructura monumental ligada aún a la memoria simbólica y ritual de la colectividad. Así, tanto la elección del lugar fúnebre, que permite establecer un vínculo directo con las generaciones anteriores, sin dejar al mismo tiempo de

significarse individualmente como único destinatario de la tumba, como la adquisición de un ajuar tan costoso y espectacular, están encaminados a reforzar el dominio de una élite política y social. Grupos de poder cuyos orígenes pueden remontarse a finales del Neolítico y que cristalizan en algún momento del III milenio, en un ambiente de significativos cambios culturales, sociales y económicos.

5. RÍO FORTES EN EL CONTEXTO DE LA PREHISTORIA RECIENTE DEL VALLE AMBLÉS

Hacia el final del Neolítico se construye un túmulo en lo alto de un teso cuya representatividad visual hacia la zona central del Valle Amblés resulta muy evidente. Se busca por tanto preeminencia visual y con ello todas las connotaciones que podamos imaginar dentro de un contexto humano y prehistórico. El monumento supone una variante constructiva de otros similares erigidos con anterioridad a poca distancia de allí, como el dolmen del Prado de las Cruces y otro, muy cercano a éste, recientemente descubierto e inédito todavía, ambos sepulcros de corredor. Todos ellos y sin duda otros similares por descubrir o desaparecidos ya, suponen, al lado de algunos indicios habitacionales, las pruebas irrefutables de la ocupación neolítica del Valle Amblés y el comienzo de su explotación agropecuaria intensiva, propiciado por un aumento demográfico de claro reflejo en el incremento de los asentamientos, que provocará a partir de entonces una gran alteración cuyas consecuencias ambientales quedarán patentes en época calcolítica, cuando cristalice y llegue a su máxima intensificación el sistema económico iniciado en ese momento neolítico. Ello dará la razón al criterio de J. Vicent (1995) en el sentido de que el Calcolítico fue el clímax de un proceso de crecimiento demográfico propiciado por la *economía de acumulación* practicada en el Neolítico.

A lo dicho anteriormente contribuye el resultado del estudio polínico adjunto a este trabajo, realizado por J. Antonio López Sáez sobre una muestra correspondiente al túmulo, por tanto previsiblemente neolítica, en el que se observa que el paisaje forestal de las tierras llanas del fondo del valle eran, todavía, un paisaje adeshado y forestado, en el que no aparecen indicios de cultivos cercanos de cereal. Estudios polínicos realizados por este mismo autor en solitario y también en colaboración con F. Burjachs (2002) sobre varios yacimientos calcolíticos en el reborde del Valle Amblés muestran un panorama diferente. En todos ellos se ha detectado un territorio altamente antropizado durante el Calcolítico, al menos en sus etapas finales, con una notable deforestación interior del Valle Amblés y presencia de campos de cereales cercanos a los yacimientos. Un ambiente, pues, distinto del que presentan las inmediaciones de Río Fortes al final del Neolítico, en el que ni siquiera aparecen pólenes de cereal, circunstancia que no sabemos si atribuir a una excepcionalidad puntual del sitio, quizás más propicio para la ganadería en función de la humedad del soto en el entorno del Río Fortes, a su ausencia real o al hecho de encontrarse los cultivos, menos abundantes que en el Calcolítico, en otras zonas más alejadas del túmulo, lo cual, como se sabe, dificultaría la llegada del polen hasta el monumento

debido a su peso y a la dificultad para viajar a zonas que no sean muy cercanas. Es cierto también que éste es el primero de los estudios polínicos fechables en el Neolítico para este valle y que harán falta otros más de yacimientos diferentes para completar la información. En cualquier caso, los datos inclinan a creer con mayor veracidad lo que en principio era una hipótesis sin contrastar: que el proceso de explotación del valle, intensificado entre el Neolítico Final y el Calcolítico, como demuestra el singular aumento de los poblados calcolíticos quintuplicando al de los neolíticos por lo que sabemos hasta el momento, fue el responsable de una serie de cambios en la organización social de las gentes del valle y también de una intensa transformación medio ambiental en el Amblés, dándole ya tan antiguamente el aspecto antropizado con que ha llegado hasta nuestro tiempo.

El túmulo de Río Fortes hay que enmarcarlo dentro del contexto neolítico del Valle Amblés, en el que se conocen algo más de una docena de lugares con indicios neolíticos mezclados con una cantidad muy superior de calcolíticos, dejando entrever una posible evolución de determinados poblados neolíticos hacia el Calcolítico en una situación de continuidad que parece reflejada y reconocible en el registro funerario cuando se trata de grandes monumentos de fundación neolítica, como el dolmen del Prado de las Cruces o el túmulo de Río Fortes.

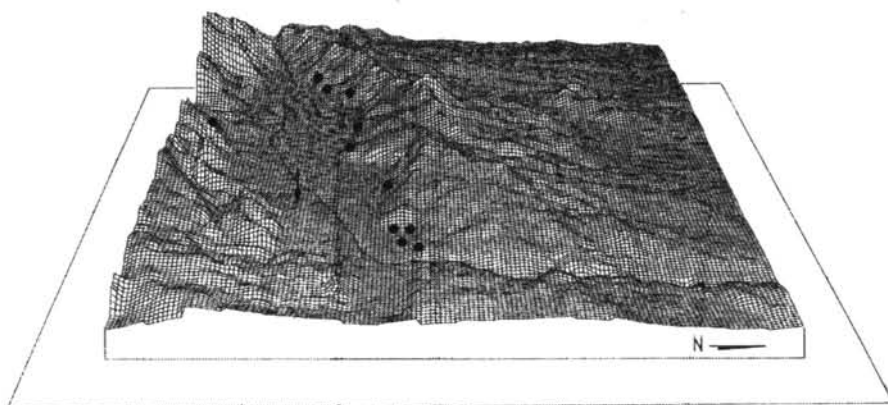


Figura 8. Posición de los indicios neolíticos conocidos y de Río Fortes en el Valle Amblés (plano base de Miguel Herrero).

Como ya hemos explicado, el monumento de Río Fortes al parecer se componía de un túmulo de medianas dimensiones que encerraba una cámara aparentemente circular construida a base de mampostería o bloques de tamaño medio transportados desde las cercanas estribaciones de la sierra, despreciando por tanto los abundantes cantos de río de todas las dimensiones que aparecen con profusión en las inmediaciones. Supuestamente se trataba de un sepulcro paramegalítico de tipo colectivo aunque la ausencia de huesos y algunos otros detalles planteen ciertas

cuestiones difíciles de resolver con los datos que tenemos (¿la ubicación en lo alto de un lugar tan visible y dominante no podría estar indicando un punto referencial para las poblaciones del entorno destinado a albergar sólo la memoria de un personaje o personajes destacados?; ¿de cuántos poblados o de qué población concreta hubiera sido este lugar el cementerio?, ¿había muchos más como este en el valle?, ¿uno por poblado?; ¿era capaz una cámara tan reducida de acoger todos los muertos de una población con tan alto índice de mortalidad como sabemos que habitualmente se daba?; ¿qué representarían en el conjunto ajuares de tanto prestigio como las piezas *exóticas* del Horizonte de Rechaba?; ¿pudo haber sido por su posición un lugar simbólico para todas las poblaciones del valle o para unas cuantas, en el que además de determinados cultos se podía enterrar circunstancialmente a ciertos personajes, cuyo peso en una sociedad en transformación merecía la potestad de descansar allí y por tanto ser honrada su memoria y reconocida su influencia para las generaciones presentes y futuras, es decir un caso similar al que puede rastrearse en determinadas iglesias y ermitas de nuestra sociedad presente y pretérita que han utilizado o pueden utilizar aún los lugares de culto para enterrarse, sin que hayan sido construidos para ese fin exclusivo?...).

Como ajuares o como algún tipo de ofrenda se depositaban allí hojas de sílex y microlitos geométricos fabricados sólo para la ocasión, también alabardas y collares de variscita presumiblemente procedentes de la zona de Zamora, como ha sido constatado para las variscitas abulenses.

No cabe duda de que la arquitectura y el carácter de este túmulo guardaban relación con lo que otras poblaciones meseteñas construían con ese mismo cometido. Con seguridad es la falta de investigación o la desaparición de muchos de estos túmulos lo que impide unir completamente la laguna geográfica —ahora cada vez más estrecha— que separa los testimonios en el norte y centro de la Meseta Norte y éstos con el sur de la misma.

Por razones desconocidas, pero no exclusivas de Río Fortes, en un determinado momento cuya fecha podría estar entre el 3960 y el 3640 cal A.C. (3020 a.C. \pm 80) el lugar sufrió un gran incendio que lo alteró y, si atendemos a los paralelos, lo inutilizó para la continuación de los actos que se llevaban a cabo en él hasta ese momento, pasando a otra dimensión ritual. Las piedras de la cámara resultaron quemadas, sin embargo se salvaron de ello las hojas de sílex, los microlitos y al parecer todos los demás materiales que debían encontrarse en la cámara en ese momento. Este mismo ritual, con resultados diferentes por la conexión fuego-piedras calizas, se lleva a cabo en monumentos semejantes y contemporáneos en el norte y centro de la Meseta, en las provincias de Burgos, Soria y Valladolid y también fuera de ella en dólmenes propiamente dichos. La frecuencia de casos parece una prueba determinante para admitir que se trataba de un ritual de clausura del lugar. En los otros casos citados de la Meseta sabemos que el monumento quedó sellado con la costra de cal resultante. En Río Fortes no fue así, porque no se empleó caliza, por lo tanto el resultado después de todo no fue el mismo.

Lo que no parece probable es que con ese gran incendio el lugar se olvide ni deje de formar parte de la memoria de los habitantes del Valle Amblés. No sucedió porque aquel lugar siguió siendo un sitio frecuentado por las gentes del entorno, fuera para enterrar a sus muertos o para honrar la memoria de los antepasados y de paso o con ello, afianzar o renovar la propiedad tácita del territorio.

Las evidencias dicen con claridad que durante el Calcolítico no sólo seguía vigente su consideración de lugar simbólico y/o funerario como lo prueba la presencia allí de materiales habituales en de la Edad del Cobre de la zona (puntas de flecha, pequeños punzones de cobre...), sino que hubo de tener una gran importancia, lo demuestran los elementos que hemos asociado con el *Horizonte de Rechaba*, el único testimonio por ahora de ese tipo de ajuares u ofrendas en la Meseta, con una asombrosa similitud con los casos gallegos y portugueses. Un personaje muy importante en los contextos sociales de entonces, capaz de adquirir o hacerse fabricar ese tipo de atributos, sin duda simbólicos de su representatividad social, se hizo enterrar allí o quiso dejar patente su poder, cualquiera de las dos razones serían válidas. Se trataba de un ajuar especial, porque piezas de ese tipo no han parecido, ni fragmentadas, en los poblados. Tal vez este personaje fue el responsable de una construcción circular de escaso porte sobre lo que quedaba de lo anterior y cuya función última desconocemos (¿fosa funeraria?, ¿estructura ritual?). Lo cierto es que durante el pleno Calcolítico o ya en la etapa en que la cerámica campaniforme circulaba por la Meseta, el lugar pudo cobrar otra dimensión como consecuencia de los modelos sociales que generaba una nueva sociedad, de tal manera que renovaba su memoria de lugar sagrado, simbólico o funerario, o las tres funciones a la vez. De todo ese momento calcolítico deben ser las flechas encontradas, pocas en relación a los microlitos geométricos, también las citadas piezas del Horizonte de Rechaba y las cerámicas campaniformes. Evidentemente si estos lugares tuvieron una primera y más importante función funeraria, no fueron creados para olvidarlos después de los enterramientos. Como muestran los paralelos etnográficos, constituyen sitios para algo más, forman parte del paisaje social en muchos y variados aspectos y por tanto son espacios frecuentados a menudo, puntos de reunión con todo lo que ello conlleva: limpiezas periódicas, rotura de piezas antiguamente depositadas, remociones del suelo, reformas... etc., circunstancias a veces detectadas por la investigación arqueológica en forma tal vez de pequeños y numerosos fragmentos de cerámicas, imaginamos que producto del trasiego durante tantos siglos.

Al fin y al cabo Río Fortes no conoció nada que no hubiera conocido también el dolmen del Prado de las Cruces a poco más de 20 km de allí, donde también en el final del Calcolítico, con la cerámica campaniforme circulando con toda normalidad, no sabemos todavía con qué extraño misterio, se enterró o se conmemoró la memoria de los antepasados dejando presentes muy propios de esa sociedad, con los elementos que ésta poseía y exhibía. La cerámica campaniforme aparece en el Valle Amblés y en su entorno cercano, indistintamente, en contextos domésticos y funerarios con enterramientos que dejan ya patente una clara distinción social. Quizás debamos entender que su reducida presencia en Río Fortes y en el dolmen del Pra-

do de las Cruces, por escueta, es elitista ya que ambos monumentos funerarios, al menos durante el Calcolítico, no fueron tumbas colectivas en el sentido de enterrar allí a toda la comunidad; hay suficientes testimonios ya, publicados e inéditos, que hablan de otras formas de enterramiento más sencillas, sin ajuar, destinadas sin duda a la gente corriente. Por tanto hay que entender estos lugares como significativos, seguramente porque lo fueron ya desde su construcción, convirtiéndose luego, en el seno de una sociedad más compleja, en la tumba, el santuario, el lugar simbólico o todas las formas a la vez.

Salvo que la continuación de las excavaciones en el 2003 demuestren lo contrario, no fue utilizado el lugar durante la plena Edad del Bronce ni en el final de ésta, como sucede en otros casos megalíticos cada vez más numerosos, por ejemplo el cercano dolmen del Prado de las Cruces. Por ahora ningún resto permite hablar de ello en Río Fortes, aunque en realidad resultaría extraño pensar que las gentes del final de la Edad del Bronce habitantes del valle y con asentamientos muy cercanos hubieran ignorado este lugar, primero, por la evidencia visual del sitio, segundo porque curiosamente no fue utilizado nunca después para ninguna otra función que haya dejado huella, prueba seguramente de que la función, el recuerdo del lugar o su simbolismo permanecían en la memoria de las gentes. Y, tercero, por lo que hemos aludido anteriormente de la directa relación que parece existir entre testimonios funerarios de fundación neolítica y/o calcolítica y la presencia de materiales del final de la Edad del Bronce que evidencian si no su todavía dedicación funeraria (tan sectorial o elitista —*intrusiva* se ha venido llamando— como lo pudo ser durante la etapa en la que se empleaba la cerámica campaniforme), por lo menos su utilización como lugar simbólico ligado a la tradición, a la propiedad y pertenencia ancestral a los sitios y, con ello, al culto a los antepasados.

Pero más allá de todas estas hipótesis sobre la importancia del monumento avanzada ya la Edad de los Metales, lo realmente destacable de La Dehesa de Río Fortes es, lo hemos dicho, la identificación por vez primera en las tierras interiores de la Península de un ajuar de parada de clara influencia atlántica característico del tránsito entre los últimos constructores de megalitos y las primeras comunidades metalúrgicas. De esta manera, permite alumbrar desde una nueva perspectiva ese todavía oscuro proceso de cambio cultural en el que las relaciones entre la Meseta y el territorio galaico y portugués tuvieron, al parecer, una singular importancia como vía de transmisión de las concepciones europeas sobre el papel de las elites entre estas nuevas sociedades firmemente establecidas en el territorio y con una sólida economía de producción. Con seguridad, el avance de la investigación en Río Fortes y en otros yacimientos sumará en el futuro nuevos ejemplos de este hasta ahora inédito *Horizonte Rechaba* en la secuencia cultural del Interior.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE E CASTRO, L. y DA VEIGA FERREIRA, O. (1967): "Acerca das peças circulares de pedra com furação central bicónica encontradas no Eneolítico de Portugal". *Revista de Guimarães*, LXXVII.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1975): "La estación megalítica de Cornudella (Areu, Huesca)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Prehistoria 4. Madrid.
- APELLÁNIZ, J. M. (1973): Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional. *Munibe*, Supl. núm. 1. San Sebastián.
- BARBOSA, E. (1956): O castro de Ota (Alenquer). *O Arqueólogo Português*, 3: 117-124.
- BLAS CORTINA, M. A. de (1973): "Un hacha de combate de tipo nórdico de Teverga (Asturias)". *Ampurias*, 35: 217-220.
- (1983): *La Prehistoria reciente en Asturias*. Oviedo.
- BLAS CORTINA, M. A. de y CORRETGÉ CASTAÑÓN, L. G. (2001): "El origen geológico, galaico, del ejemplar de Marabiu (Teverga, Asturias) y consideraciones culturales sobre los útiles-arma, calificados de "hachas nórdicas" del Noroeste ibérico". *Trabajos de Prehistoria*, 58, núm. 2: 143-158.
- BURJACHS CASAS, F. y LÓPEZ SÁEZ, J. A. (2002): "Análisis paleopalínológico del yacimiento arqueológico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila)". *Nvmantia*, 8.
- CARDOSO, J. L. (1980): "O povoado pré-histórico de Leceia (Lisboa-Portugal). Estudo da coleção do pintor Alvaro de Brée". *Revista de Guimarães*, 90: 211-304.
- CRIADO, F.; GIANOTTI, C. y VILLOCH, V. (2000): "Los túmulos como asentamientos". *Actas do 3.º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vol. III: 289-302. ADE-CAP. Porto.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (ALACET, C.B.) (2001): *Ficha del Inventario Arqueológico de Castilla y León. Dehesa de Río Fortes I (Mironcillo, Ávila)*. Ficha inédita depositada en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Ávila.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1995)a: "Del Neolítico al Bronce", en Mariné, M. (Coord.), *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*: 21-92. Institución "Gran Duque de Alba". Excma. Diputación de Ávila.
- (1995)b: "Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte", en Fábregas, R.; Pérez, F. y Fernández, C. (eds.), *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata Medioevo*: 61-94. Xinzo de Limia.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ETXEBERRÍA GABILONDO, F. (2002): "Fuego y Cal en el sepulcro colectivo de El Miradero (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?", en Rojo, M.A. y Kunst, M. (eds.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. *Studia Archaeologica*, núm. 91: 39-58. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA GÓMEZ, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Diputación de Salamanca.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ZAPATERO MAGDALENO, P. (1996): "De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento

- neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia)". *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Rubricatum*, 1 (vol. 1): 337-348). Gavá-Bellaterra.
- DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVÁN, R. (1986): "El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico en Villanueva de los Caballeros (Valladolid)". *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán*: 227-236. Zaragoza.
- DELIBES, G.; ALONSO, M. y ROJO, M. A. (1987): "Los sepulcros colectivos del Dueño Medio y Las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano", en *El megalitismo en la Península Ibérica*: 181-197. Ministerio de Cultura. Madrid.
- ESTREMER PORTELA, M.^a S. (2002): "Informe de los trabajos de excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento de Dehesa de Río Fortes I (Mironcillo, Ávila)". Informe técnico inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Ávila.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1992): "El enterramiento campaniforme del Túmulo I de Aldeagordillo (Ávila)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVIII: 97-135. Valladolid.
- (1997): El Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineró, Ávila). *Memorias. Arqueología en Castilla y León*, 5. Junta de Castilla y León.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1983): "Materiales líticos del Museo Provincial de Lugo. Precisiones sobre la fase final de la cultura megalítica del NO peninsular". *Boletín del Museo provincial de Lugo*, 1: 31-42.
- (1984): "La industria de piedra pulida en las sepulturas megalíticas de Galicia". *Trabajos de Prehistoria*, 41: 129-163.
- (1991): *Megalitismo del Noroeste de la Península Ibérica. Tipología y secuencia de los materiales líticos*. U.N.E.D. Madrid.
- GÓMEZ, J. y SANZ, P. (1994): "Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Ávila): un nuevo enterramiento en la Submeseta Norte". *Cuadernos Abulenses*, núm. 21: 81-132. Ávila.
- JALHAY, E. y PAÇO, A. do (1945): "El castro de Vilanova de San Pedro". *Actas y Memorias de la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 20: 5-91.
- JORDÁ, F.; GARCÍA, E. y AUADE, J. (1972-73): "Notas sobre los túmulos dolménicos de Campiello (Tineo) y su edad postdolménica". *Zephyrus*, 23-24: 131-152.
- HARRIS, E.C. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona.
- L'HELGOUACH, J. (1979): "Les groupes humains du V au III millénaires". *Préhistoire de la Bretagne, Ouest France*: 157-320. Rennes.
- LEISNER, V. (1965): "Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen". Berlín.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1951): *Antas do concelho de Reguengos de Monsaraz*. Instituto para a Alta Cultura. Lisboa.
- (1956): "Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen". Berlín.
- (1959): "Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen". Berlín.
- LEISNER, V. y RIBEIRO, L. (1968): "Die Dolmen von Carapito". *Madridier Mitteilungen*, 9: 11-62.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. (1959): "La época megalítica en el Noroeste de la península". *Caesaraugusta*, 13-14: 21-77.

- LUENGO MARTÍNEZ, J. M. (1974-75): "Piezas del Museo Histórico-Arqueológico de La Coruña. Objetos pétreos de la primera Edad de los Metales". *Revista*, 10-11: 131-142.
- MACIÑEIRA, F. (1944-45): "Túmulos prehistóricos. Inventario descriptivo de los 286 túmulos prehistóricos hasta ahora descubiertos en la avanzada comarca del cabo Ortegal". *Boletín de la Real Academia Gallega*, 24: 15-34.
- PAÇO, A. do (1971): "As grutas do Poço Velho ou de Cascais". *Trabalhos de Arqueologia de Afonso do Paço*, 2: 79-126.
- RIPOLL, E. y LLONGUERAS, M. (1967): "Notas sobre sepulcros de fosa catalanes". *Ampurias*, 29: 240-257.
- RODRÍGUEZ CASAL, A. A. (1980): "O Megalitismo na Galiza. A sua problemática e o estado actual da investigación". *Actas da 1ª Mesa-Redonda sobre o Neolítico e o Calcolítico em Portugal*: 103-115.
- (1983): "A mámoa de Monte Campelos e o seu enterramento secundario. Novos datos encol do Megalítico Final galego". *Boletín del Museo Provincial de Lugo*, 1: 7-17.
- ROJO, M. A.; NEGREDO, M. J. y SANZ, A. (1996): "El túmulo de La Peña de la Abuela, Ambrona (Soria) y el poblamiento neolítico de su entorno". *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, XIII, 2: 7-38. Soria.
- ROJO, M. A.; KUNST, M. y PALOMINO, A. (2002): "El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Meseta Norte", en Rojo, M. A. y Kunst, M. (eds.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico. Studia Archaeologica*, núm. 91. Valladolid.
- SALAZAR CORTÉS, A. (2001): "Informe sobre la intervención arqueológica en El Prado (Solosancho, Ávila)". Documento manuscrito inédito. Servicio Territorial de Cultura de Ávila.
- SPINDLER, K. (1981): *Cova da Moura*. Mainz.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1979): "El Horizonte de Rechaba: una nueva fase de la cultura megalítica del Noroeste peninsular". *Boletín Auriense*, IX: 9-26. Orense.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1995): "Early social complexity in Iberia: some theoretical remarks", en K.T. Lillios (ed.): *The origins of Complex Societies in late prehistoric Iberia. International Monographs in Prehistory (Archaeological Series, 8)*. Ann Arbor: 177-183.